

UTOPIA Y DISTOPÍA EN LA LITERATURA VENEZOLANA

Mariano Nava

Universidad de Los Andes, Mérida

Carlos Sandoval

Universidad Central de Venezuela

RESUMEN

La literatura utópica comienza mucho antes de que Moro acuñara el singular término de “Utopía” en 1516. Sin embargo, una importante cantidad de relatos ficticios apareció por esta época, estimulados por las noticias que llegaban a Europa durante la llamada Era de los Descubrimientos. Así, el primer texto occidental escrito en y sobre Venezuela, la *Relación del tercer viaje* de Cristóbal Colón, muestra ya indudables influencias de este pensamiento utópico. A partir de entonces, es posible encontrar toda una tradición de descripciones y narraciones utópicas y distópicas en la narrativa venezolana desde la Colonia hasta nuestros días.

Palabras clave: utopía, distopía, Literatura venezolana, narrativa.

ABSTRACT

UTOPIA AND DYSTOPIA IN VENEZUELAN LITERATURE

The utopian literature begins too much before Moro coined the unique term of “Utopia” in 1516. However, an important number of fictive narrative appeared by these times, stimulated by the news that arrived to Europe during the so called Age of the Discoveries. So, the first Western text written in and about Venezuela, the *Relation of the Third Voyage* by Christopher Columbus, shows indubitable influences of this Utopian thought. Starting from this, it is possible to find a veritable tradition of Utopian and Dystopian descriptions and narrations in Venezuelan narrative, from Colonial times to our days.

Keywords: Utopia, dystopia, Venezuelan literature, narrative.

RÉSUMÉ

UTOPIE ET DYSTOPIE DANS LA LITTÉRATURE VÉNÉZUÉLIENNE

La littérature utopique commence bien avant que Moro n'invente le terme singulier d'«Utopie» en 1516. Cependant, une grosse quantité de récits de fiction a apparu à cette époque-là, encouragés par les nouvelles qui arrivaient en Europe pendant l'Ère des Découvertes. Ainsi, le premier texte occidental écrit au et sur le Venezuela, la *Relación del tercer viaje* de Cristobal Colón, montre-t-il déjà des incontestables influences de cette pensée utopique. Désormais, il est possible de trouver toute une tradition de descriptions et de narrations utopiques et dystopiques dans la narrative vénézuélienne depuis la Colonie jusqu'à nos jours.

Mots clé: utopie, dystopie, Littérature vénézuélienne, narrative

RESUMO

UTOPIA E DISTOPIA NA LITERATURA VENEZUELANA

A literatura utópica começa muito antes de que Moro acunhara o singular termo de “Utopia” em 1516. No entanto, uma importante quantidade de relatos fictícios apareceu por esta época, estimulados pelas notícias que chegavam a Europa durante a denominada Era das Descobertas. Assim, o primeiro texto ocidental escrito em e sobre Venezuela, a *Relação da terceira viagem de Cristóbal Colón*, mostra já indubitáveis influências deste pensamento utópico. A partir de então, é possível encontrar toda uma tradição de descrições e narrações utópicas e distópicas na narrativa venezuelana desde a Colônia até nossos dias.

Palavras chave: utopia, distopia, Literatura venezuelana, narrativa.

En un singular poema de César Vallejo leemos:

Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos.

Donde, aun si nuestro pie
llegase a dar por un instante
será, en verdad, como no estarse.

(César Vallejo, "Trilce", en *Poemas humanos*, 1923)

¿Cómo conocer un lugar en el que nunca hemos estado y, más aún, donde nunca estaremos? Esta es, justamente, la gran paradoja de Utopía, una reflexión que seduce a los escritores de Hispanoamérica y, por supuesto, de Venezuela, como veremos.

Las coordenadas del relato utópico han sido abordadas por la crítica literaria desde hace por lo menos medio siglo, si bien en los últimos años se ha verificado un marcado interés por el tema. Ya desde su nombre, *utopía*, neologismo griego acuñado en el siglo XVI por Tomás Moro que literalmente significa "no-lugar", el término señala la naturaleza paradójica de la cosa, digamos. ¿Cómo describir un lugar que no existe? Al decir de Vieira, "etimológicamente, la utopía es a la vez un lugar que es un no-lugar simultáneamente constituido por un movimiento de afirmación y negación" (2011, p. 4). Así pues, como también nota Staquet (2003), estas paradojas se centran, en esencia, en las relaciones entre ficción y realidad. Algunos estudiosos como Mucchieli (1960), Baczko (1978), Trousson (1979), Manuel & Manuel (1979), Abensour (2000), y más recientemente Comparato (2005), Allemand (2005), Sargent (2010) o Claeys (1994, 1999 y 2011) han intentado definiciones, o al menos ponernos sobre las pistas que nos lleven a una definición del género. Que en los últimos lustros hemos asistido a un renovado interés por el tema lo demuestra el volumen colectivo al cuidado de Claeys: *The Cambridge Companion to Utopian Literature* (2011), donde once especialistas esclarecen las tendencias del pensamiento y la crítica utópicas. En español, hay que mencionar el pequeño volumen editado por Miguel Ramiro Avilés, *Anatomía de la utopía* (2008), que recoge algunos de los trabajos leídos en las "Jornadas sobre pensamiento utópico", que desde 2004 se vienen celebrando en la Universidad Carlos III de Madrid.

Ante la notoria falta de unanimidad para definir un género tan antiguo y actual, tan extenso y con tantos puntos de encuentro con otros géneros, suscribimos la definición que ofrece Trousson en su clásica *Historia de la literatura utópica*:

Proponemos que se hable de utopía cuando, en el marco de un relato (lo que excluye los tratados políticos), figure descrita una comunidad (lo que excluye la robinsonada), organizada según ciertos principios políticos, económicos, morales, que restituyan la complejidad de la vida social (lo que excluye la edad de oro y la arcadia), ya se presente como ideal que realizar (utopía constructiva) o como previsión de un infierno (la antiutopía moderna) y se sitúe en un espacio real o imaginario o también en el tiempo o aparezca, por último, descrita al final de un viaje imaginario, verosímil o no. (1995, p. 54)

Porque la utopía es, efectivamente, un género literario y como tal se halla supeditado a unas constantes retóricas, a una gramática que norma su lógica ficcional. Sin embargo, no compartimos con Trousson la exclusividad de una proyección a futuro que implique la “restitución” de la vida social, lo que dejaría afuera del catálogo al mito fundador del pensamiento utópico en Occidente: la Edad de Oro. Antes bien, la utopía puede presentarse como un relato en tiempo pasado donde la nostalgia incite, precisamente, bien que de forma velada, a esta futura restitución de la felicidad perdida.

Tampoco resulta sencillo establecer las constantes normativas que regulan la mecánica utópica, esto es, construir una *tópica* ficcional que delimite la existencia literaria del no-lugar. Casi todos los críticos coinciden en que no queda más remedio que partir del texto fundador, es decir, del relato de Moro. Con base en ese trabajo iniciático es posible identificar ciertas características comunes que destacan en el inmenso corpus utópico prospectiva, pero también retrospectivamente hablando. Para Trousson, “la característica exterior más evidente y común de la utopía es su *insularismo*” (1995, p. 43). El no-lugar casi siempre es una isla o un lugar apartado; este aislamiento resulta ser mucho más que una simple ficción geográfica. Otras características del territorio utópico son su austeridad, su funcionamiento político regular, su igualitarismo social y la felicidad colectiva como clima psicosocial predominante.

Claeys distingue, a su vez, “tres variaciones fundamentales del impulso utópico” (2011, p. 13): por un lado, hay utopías estáticas y utopías dinámicas, es decir, aquellas que se presentan en una perfección inmóvil y otras en continua

evolución. Por otro lado, hay utopías ascéticas y utopías opulentas, lo que marca una relación respecto de los bienes materiales. Finalmente, hay utopías jerárquicas y utopías igualitarias. La *República* de Platón es un ejemplo de utopía jerárquica; la isla de Moro, de una igualitaria. Hay que señalar que estas características se han mantenido de forma invariable desde la prehistoria misma del género en Occidente, desde las primeras descripciones griegas del no-lugar, como lo han demostrado Fergusson en su célebre estudio *Utopias in the Classical World* (1975), y Lens Tuero y Campos Daroca en sus *Utopías del mundo antiguo* (2000).¹

Con estas mismas características discursivas el registro utópico se transmite como parte de la herencia clásica a la literatura europea, encontrando su madurez paradigmática en la singular pieza de Moro. Sin embargo, la *Utopía* moreana no fue, ni mucho menos, el único relato de su tipo. Resulta abrumadora la cantidad de obras literarias similares publicadas por aquellos años, sin duda bajo la excitación y el impacto de los hallazgos europeos de la Era de los Descubrimientos². En el prólogo de su libro *Anatomía de la utopía*, Ramiro Avilés (2008) se pregunta por qué tuvimos que esperar hasta bien avanzado el siglo XVIII para que apareciera la *Descripción de Sinapia*, la primera utopía ilustrada española, a la que Trousson mezquinamente dedica un escaso párrafo de su *Historia* (p. 8). Para nosotros la respuesta es sencilla: el relato utópico español de la Era de los Descubrimientos no se encuentra en forma de novelas o relatos de aventuras; más bien se halla contenido en las Crónicas de Indias, corpus singularísimo que, como sabemos, constituye una rara alquimia epistemológica: mezcla de mito, ciencia, religión, historia y literatura.

Tres textos fundamentales nos ayudan a comprender el fenómeno. El primero es el clásico estudio de Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento* (1989). El segundo se debe a Fernando Aínsa, quien ha estudiado el problema, acaso de manera más profunda, desde la perspectiva americana. Su libro *De la Edad de Oro a El Dorado* (1992) se complementa con el no menos valioso *La reconstrucción de la Utopía* (1999). En todos se va decantando el proceso de transmisión de

¹ Cf. también Nava (2007).

² “Estas expansiones de los horizontes mentales ciertamente fueron influidas por la precedente expansión de los horizontes geográficos. Moro escribió su *Utopía* inspirado por las cartas en las que Américo Vespucio, Cristóbal Colón y Ángelo Policiano contaban el descubrimiento de nuevos mundos y nuevos pueblos. La expansión geográfica inevitablemente implicaba el descubrimiento del *otro*. Y Moro usó esa consciencia emergente de la alteridad para legitimar la invención de otros espacios, con otros pueblos y otras formas de organización” (Vieira, 2011, p. 4).

las estrategias narrativas y discursivas desde el clásico relato utópico europeo, así como la formación de un imaginario y un discurso primigenio con el cual nombrar el continente inédito. Aquello que Edmundo O’Gorman llamó, en un recordado libro, “la invención de América”. En nuestro país debe mencionarse el impresionante estudio de Isaac J. Pardo, *Fuegos bajo el agua* (1990), que se detiene justo en el nacimiento del no-lugar, en el texto de Moro.

En el caso venezolano, asimismo, los relatos utópicos se remontan al texto que, de alguna manera, funda nuestras letras: la *Relación del tercer viaje* de Colón, larga memoria que contiene elementos que legitiman su ingreso en el catálogo de las descripciones del no-lugar. Allí, lo remoto del paraje, la exuberancia del paisaje, la excelencia climática, la fertilidad de las tierras, la belleza, la bondad y la inocencia de los indígenas, configuran una tópica discursiva; constituyen, sin más, una retórica que remite al mito de la Edad de Oro, pero también, con sobrada proclividad, al relato del Paraíso³. El texto colombino se debate, pues, en una particular tensión que oscila entre un par de utopías: la celeste –el Paraíso– y la terrenal –la Edad de Oro–. Idealización de la vida o de la muerte, una pertenece al otro mundo; la otra, a éste. Presa de esta insalvable paradoja, casi veinte años antes del relato de Moro, en la *Relación del tercer viaje* convergen ya las dos grandes raíces, grecolatina y judeocristiana, de la utopía moderna.

Está claro que la *Relación* es el documento que va a marcar el tono general de la Crónica de Indias, aquel que sentará las coordenadas de la imagen utópica en América y, por extensión, en nuestro país. Así, por ejemplo, en la idílica descripción de Tierra Firme hecha por el Padre Las Casas en su *Historia de las Indias*, que retoma en gran parte los argumentos del Almirante⁴. Así también Fray Pedro Simón, cuando comenta las riquezas del reino de Curiana que despertó la avaricia de Juan de Ampíes⁵. Así, Fray Pedro de Aguado al hablar de la “fama y prosperidad de esta provincia de Coro o de Venezuela” (1963, p. 30). Así, Juan de Castellanos cuando nos asombra con las riquezas de la isla de Cubagua⁶. En todos ellos resalta la ascendencia colombina con una marcada orientación utópica del discurso, donde se destaca la felicidad y opulencia de las nuevas tierras.

³ Para la configuración retórica de la *Relación del tercer viaje* y sus relaciones textuales con la tradición griega, cf. Nava (2005).

⁴ (Cf. Casas, 1986; especialmente los capítulos 133 a 139).

⁵ (Cf. Simón, 1992, cap. 1).

⁶ (Cf. Castellanos, 1997).

Mención aparte merece un texto que destaca por lo evidente de sus influencias: la descripción de Caracas que ofrece el padre Oviedo y Baños. Escribe el obispo:

En un hermoso valle, tan fértil como alegre y tan ameno como deleitable [...] al pie de unas altas sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen del mar en el recinto que forman cuatro ríos, que porque no le faltase circunstancia para acreditarla paraíso, la cercan por todas partes, sin padecer susto de que la aneguen: tiene su situación la ciudad de Caracas en un temperamento tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que lo escogió la primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frío molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del frío afligen (1992, p. 232).

La *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* fue escrita entre 1705 y 1723, cuando ya habían pasado más de doscientos años de la llegada de los españoles. Su autor había nacido en Bogotá y había estudiado, en Lima, gramática, retórica y elocuencia. Su formación era, pues, americana. No podía sentir ninguna sorpresa, ningún asombro por la geografía, por el clima del Nuevo Mundo: estaba acostumbrado a él. Y sin embargo, aquí se aprecia aún la vigencia del formato utópico, sus formas y lugares, sus *topoi* extraídos del relato áureo y paradisíaco al momento de construir el discurso configurador de la inédita geografía. Aparecen, entonces, los elementos propios de la utopía clásica griega y judeocristiana, moreana y colombina, con que los americanos vamos ya aprendiendo a mirarnos a nosotros mismos.

Tensando el arco de tiempo, ese mirarnos utópicamente se continúa en la etapa republicana, a partir de 1830, cuando nos convertimos en un territorio autónomo. No obstante, la retórica de utopía ya no descansa sólo en la pintura de sitios anhelados, sino, más bien, en el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas que se muestra en el discurso, por ejemplo, de los narradores de muchas novelas y cuentos. Es lo que ocurre en la novela fundadora, para gran parte de la historiografía literaria del país, de nuestra narrativa nacional: *Peonía* (1890), de Manuel Vicente Romero García. En la arena del protagonista Carlos cuando señala a uno de sus tíos que debe mejorar las condiciones operativas de su trapiche se percibe, desde la perspectiva utópica, la creencia de ese personaje en las bondades que la tecnología proporciona para el mejoramiento de la vida: iluminar la nave donde se muele la caña y cambiar la tracción de burros por una de motor es seguro que contribuiría con un aprovechamiento eficaz de los recursos e, imaginariamente, con un microcosmos familiar holgado, acaso paradisíaco.

Es lo mismo que, en 1920, intentó hacer Santiago Ruiseñol, uno de los personajes de ¡En este país..!, de Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, sólo que sus sueños utópicos (tecnificar la producción agraria y de animales de corral) se estrellaron con una realidad pre-moderna sostenida por un discurso basado en el expediente de las montoneras como mecanismo de ascenso social.

Si bien en los casos citados de Romero García y Urbaneja es obvia la representación de posturas utópicas relacionadas con situaciones verificables en el propio cuerpo de las novelas, hay otras manifestaciones más sutiles relacionadas con la vuelta a un pasado arcádico, digamos, extraviado en el díscolo avatar de nuestra historia sociopolítica. Para el caso pre-republicano sirva esta cita de *Sangre patricia* (1902), novela de Manuel Díaz Rodríguez:

«Un Tulio Arcos no podía quedarse viendo correr la vida como se queda viendo pasar el agua del torrente un soñador o un idiota.»

Así gritaba dentro de él, llegado a los veinticinco años de su edad, toda una larga ascendencia de varones ilustres. Porque no en balde aquel segundón andaluz, tronco originario de la familia, venido a tierras de América, se puso a dar flores. Estas fueron, en el principio, de sólo púrpura: la sangre les daba color; el heroísmo, fragancia. El segundón andaluz fue guerrero, únicamente guerrero. Vivió de luchar con los hombres, con las bestias, con las montañas y los ríos.

[...]

Luego, las flores dejaron de ser púrpuras. Un Arcos fundó ciudades y cristianizó indios [...] Otros del mismo nombre, depuestas las armas de la conquista, se consagraron a educar a las gentes, y el alma nueva de la colonia, pusieron la aspiración a la más excelsa cultura. Así, uno de ellos, al romper en toda América e grito de la guerra libertadora, esparcía en Venezuela [...] el grano de luz de la enseñanza. (1968, pp. 248-249)

El recuento de Arcos continúa hasta arribar al protagonista de la pieza, un verdadero pusilánime que ha derrochado todo su ascendiente en fútiles ensañaciones artísticas y en una dispendiosa relación amorosa de trágico final. De este modo, el pasado heroico de la saga Arcos se diluye borrando una historia de dorada voluntariedad.

Otro caso de pérdida irremisible de un tiempo feliz se evidencia en la pieza de Teresa de la Parra, *Las memorias de Mamá Blanca* (1929), y hasta en algunos pasajes de *Ifigenia* (1924). En el primero de los títulos la reconstrucción de un

lapso idílico –irrecuperable– es lo que sostiene las acciones; en el segundo, los valores de una sociedad moralmente anclada en ciertos esquemas relativos a las *buenas costumbres* es lo que precipita el sacrificio de la protagonista; con lo cual la *llamada del amor* es traicionada por una suerte de contra-utopía: un matrimonio condenado al tedio y al mantenimiento de la fachada.

Cerramos este pequeño balance con el caso de la narrativa de José Rafael Pocaterra. En su novela de 1946 (pero escrita en la cárcel en 1921), *La casa de los Abila*, presenciamos la nostalgia del narrador interno de la obra por un tiempo en el cual la honradez, la firmeza de la palabra y el trabajo constante en la labor agrícola (base del sistema económico allí descrito), es lo que, como metáfora, deja la lectura. Parecería que el autor concreto añora los recuerdos de una época utópica ¿la colonia?, pues el desenvolvimiento del héroe de la pieza, el hijo bastardo del dueño, asume la defensa de los valores simbólicos de los terratenientes originarios del país: los descendientes de los colonizadores.

En relación con el otro componente de nuestra ponencia, el término distopía, tomado en su acepción más laxa de utopía negativa, diremos que el relato de José Luis Palacios “Urbanos todos” (1995), un ejemplo entre muchos, contiene todos los elementos premonitorios de un futuro apocalíptico: demografía incontrolable, luchas por servicios básicos y anarquía; un mundo sin ley o con una sola ley: la del más fuerte. (Palacios vuelve a utilizar el tema en “Chofer de plaza”, relato de 2008). En esta composición la Caracas venidera se nos muestra como un territorio de supervivencia y de vuelta a cierto primitivismo.

Así pues, vemos cómo la literatura utópica en Venezuela constituye una firme tendencia en el seno de la narrativa del país, al punto de que es posible cifrar un estudio sobre la base de sus representaciones no sólo en las Crónicas de Indias, sitio de materialización característico del no-lugar, sino en una variedad de cuentos y novelas publicadas en el lapso republicano. Este artículo resulta el primer aporte de un trabajo en desarrollo relativo al tema.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abensour, M. (2000). *L'utopie de Thomas More à Walter Benjamin*. Paris: Sens & Tonka.
- Aguado, P. de. (1963). *Recopilación historial de Venezuela* (Libro I, Capítulo Segundo, pp. 83-87). Caracas: Academia Nacional de la Historia.

- Aínsa, F. (1992). *De la Edad de Oro a El Dorado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aínsa, F. (1999). *La reconstrucción de la Utopía*. México: Correo de la Unesco.
- Allemand, R.-M. (2005). *L'utopie*. Paris: Ellipses.
- Baczko, B. (1978). *Lumières de l'utopie*. Paris: Payot.
- Casas, B. de. (1986). *Historia de las Indias* (Caps. 133 a 139, pp. 534-561). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Castellanos, J. de. (1997). *Elegías de varones ilustres de Indias* (Elegía XIII, pp. 275-282). Bogotá: Gerardo Rivas Moreno.
- Claeys, G. & L. T. Sargent (eds.) (1999). *The Utopia Reader*. New York: New York University Press.
- Claeys, G. (1994). *Utopias of the British Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Claeys, G. (2011). *Utopía. Historia de una idea*. Madrid: Siruela.
- Claeys, G. (Ed.). (2011). *The Cambridge Companion to Utopian Literature*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Comparato, V. (2006). *Utopía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Díaz Rodríguez, M. (1968). Sangre patricia, en *Obras selectas* (pp. 241-344). Caracas-Madrid: Edime.
- Fergusson, J. (1975). *Utopias in the Classical World*. London: Thames and Hudson.
- Gil, J. (1989). *Mitos y utopías del Descubrimiento*. Madrid: Alianza.
- Lens Tuero, J. y J. Campos Daroca (2000). *Utopías del mundo antiguo*. Madrid: Alianza.
- Manuel, F. E. & F. P. Manuel (1979). *Utopian Thought in the Western World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mucchielli, R. (1960). *Les mythes de la cité idéale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Nava Contreras, M. (2005). *Novus Iason. La tradición grecolatina y la Relación del tercer viaje de Cristóbal Colón*. Mérida, Venezuela: Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes.
- Nava Contreras, M. (2007). *Politeia y Utopía. Elementos para una poética de la utopía filosófica en la Grecia antigua*. En *Estudios sobre pensamiento antiguo* (pp. 23-38). Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.
- Oviedo y Baños, J. de. (1992). *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

- Palacios, J. L. (1995). Urbanos todos. En *Textosterona* (pp. 17-56). Caracas: Fundarte.
- Palacios, J. L. (2008). Chofer de plaza. En *Invertebrados y otros relatos* (pp. 41-56). Caracas: Monte Ávila Latinoamericana.
- Pardo, I. J. (1990). *Fuegos bajo el agua. La invención de utopía*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Parra, T. de la. (1924). *Ifigenia*. París: Editorial Franco-Ibero Americana.
- Parra, T. de la. (1929). *Memorias de Mamá Blanca*. París: Le Livre Libre.
- Pedro Simón. (1992). *Noticias históricas de la provincia de Venezuela*, (Segunda Noticia Historial, cap. 1, pp. 83-87). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Pocaterra, J. R. (1946). *La casa de los Abila*. Caracas: Élite.
- Ramiro Avilés, M. (2008). *Anatomía de la utopía*. Madrid: Dykinson.
- Romero García, M. V. (1890). *Peonía*. Caracas: Imprenta El Pueblo.
- Sargent, L. T. (2010). *Utopianism. A very short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Staquet, A. (2003). *L'Utopie ou les fictions subversives*. Québec: Éditions du Grand Midi.
- Trousseau, R. (1995). *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*. Barcelona, España: Península.
- Urbaneja Achelpohl, L. M. (1921). ¡En este país..!, Caracas: Victoria.
- Veira, F. (2011). The Concept of Utopia. En G. Claeys (Ed.), *The Cambridge Companion to Utopian Literature* (pp. 3-27). Cambridge: Cambridge University Press.